
POR UNA REFORMA MORAL E INTELECTUAL DE ESPAÑA

L. Paramio y J.M. Reverte



3

Felipe González ha llamado a los españoles a un esfuerzo de *regeneración* de la vida pública y de la actividad colectiva en España. Y ante esa llamada un 46 % de los votantes ha apoyado la propuesta de cambio del PSOE.

Uno de los aspectos más comentados de la campaña socialista en las elecciones legislativas de octubre de 1982 ha sido el abandono de las propuestas de índole más ideológica (en el sentido de clasista) y su sustitución —muy especialmente en las intervenciones del propio Felipe González— por propuestas de carácter fundamentalmente moral: solidaridad y responsabilidad colectivas, en el trabajo y en la

política, frente a un clima de indiferencia y corrupción, de defensa de los intereses particulares frente a cualquier consideración general.

Parece obvio que esto constituye un escándalo desde la perspectiva del veteromarxismo. ¿Cómo aceptar tan abrumadora identificación del electorado con una propuesta no clasista? En buena lógica

debe tratarse de un apoyo coyuntural fruto de un mero espejismo, de un desvarío idealista al que los hechos deberán dar respuesta contundente. Las realidades de

clase se cobrarán un alto precio por esta breve euforia que ha unido a media España en torno a un proyecto regeneracionista.

Para la teoría política de mayor solvencia académica la cuestión no deja tampoco de ser llamativa. El PSOE, convocando a una amplia mayoría social en torno a su programa, ha optado por convertirse en una *catch-all party*, graciosa expresión con la que la politología anglosajona designa a los partidos que se proponen superar su particular origen étnico o de clase para convertirse en eje de una mayoría nacional. También se sabe el riesgo de tal intento. El desgaste que introduce el ejercicio del poder lleva a la fragmentación de la mayoría inicial y quiebra las ambiciones de alcanzar la hegemonía del partido en cuestión.

En ambos planteamientos, el académico y el véteromarxista, desempeña un papel fundamental una hipótesis reduccionista según la cual no existe una plataforma objetiva que permita aglutinar a una mayoría electoral capaz de apoyar un proyecto popular-nacional de constitución de un nuevo sistema hegemónico. Y llegados a estas alturas sería inútil que los autores de estas líneas ocultaran su juego, por lo que pasaremos a continuación a detallar algunas de nuestras hipótesis de partida.

Uno. La realidad política no es transparente a las realidades de clase, contra lo que pensaban Carlos Marx, Federico Engels y un largo etcétera de fundadores del socialismo moderno. Hay una serie de complejas mediaciones —ideológicas, organizativas, nacionales o étnicas, religiosas, de «status»— entre las realidades de clase y la esfera de la política. Para colmo de males la hipótesis reduccionista que ve-

El PSOE ha superado su origen de clase para convertirse en eje de una mayoría nacional.

ría en la política un puro reflejo de la escisión clasista de la sociedad sólo podría servir de apoyo a un proyecto político socialista —en general: emancipador— si se

diera por hecho un privilegio numérico o bien ontológico del proletariado industrial. Se sabe que Marx partía de la creencia en dicho doble privilegio, a causa de la errada hipótesis de la depauperación creciente y de las malas compañías de su juventud, pero no parece que se deba imitar a los fundadores en sus errores (bastante trabajoso es ya imitarlos en su ambición de conocer y transformar la realidad).

Dos. Si se descarta el intento de reducir la política a la estructura de clase (es decir, lo que Laclau y Mouffe suelen llamar *reduccionismo de clase*) no hay ninguna razón para dar por descontado el descalabro de todo proyecto de construcción de una mayoría nacional-popular sobre la base de que en tal mayoría coexisten —forzosamente— intereses particulares contrapuestos. Al diablo con el *catch-all party* y sus famosas antinomias. El problema es saber si existe un proyecto económico que pueda dar satisfacción a esos intereses contrapuestos y compensar las insatisfacciones relativas sobre la base de un proyecto ideológico común suficientemente sugestivo. Por supuesto que la ideología no basta para aglutinar a una mayoría, pero puede llenar los huecos que deje libres la economía, al menos dentro de ciertos límites. Se puede recordar la larga eficacia de las coaliciones keynesianas de postguerra en las llamadas socialdemocracias, e incluso la nada despreciable herencia del *New Deal* en Estados Unidos. El problema de elaboración de un proyecto económico y un proyecto ideológico capaces de aglutinar a una mayoría social es un problema muy *concreto*, y no tiene nada que ver con ningún análisis general del capitalismo o de la sociedad moderna. Se trata de un problema que tiene solución o no según los países y las épocas.

Tres. Los autores son, para su desgracia, gramscianos (y por ello marxistas) descarada e incurablemente revisionistas. Es decir, que no pretendemos convertir a Gramsci en precursor de una nueva versión de la socialdemocracia de la postguerra, ni intentamos negar la dualidad presente en su obra entre su formación leninista y sus desarrollos posteriores. Más modestamente, pretendemos sacar punta al último Gramsci con el fin de utilizarlo contra el leninismo tradicional, no por animadversión contra don Vladimiro (que bastante cruz tuvo en los últimos años de su vida), sino para tratar de encontrar alternativas a esa extraña variedad del despotismo asiático que llamamos socialismo real y el evidente estancamiento de las democracias keynesianas en las que los leninistas (y asimilados) querían ver la única expresión posible de una gestión democrática y socialista del poder.

Cuatro. El principal concepto que se puede tomar del último Gramsci es, como todo el mundo sabe, el de hegemonía, pero no en el sentido de dirección de la sociedad por un sujeto político —el *nuevo príncipe* o algún amigo suyo— sino de construcción de un nuevo *sistema hegemónico* (Mouffe) basado en un nuevo modelo económico, un principio ideológico distinto y, previsiblemente, un sistema político alternativo al anteriormente dominante. Ahora bien, el hecho de que en ese sistema desempeñe un papel fundamental un partido político concreto no permite considerarle *sujeto* de la hegemonía. Por definición, la hegemonía, principio fundante de la legitimidad política de un sistema social, es un *efecto sin sujeto*. El partido es un mero instrumento en la construcción de una hegemonía, y aunque ciertamente imprescindible en esta tarea tampoco puede sustituir a otros elementos, de los que serían ejemplos un modelo económico viable, un conjunto de movimientos sociales expresivos de la conflictividad social o un patrón ideológico de movilización más o menos creíble.

Dicho todo lo cual se puede volver al comienzo. La propuesta de regeneración que los socialistas han presentado a la sociedad española tiene una curiosa similitud con lo que Gramsci denominó *una reforma moral e intelectual*. Gramsci vivió en una Italia dominada por la herencia del Risorgimento, una modernización política dirigida desde arriba que había dejado básicamente intactas las estructuras del poder económico y el mundo intelectual italianos. Ante esta realidad Gramsci propuso la necesidad de una ruptura con esa pesada inercia del pasado, con esa carga de corrupción absolutista tardía, de caciquismo político e intelectual que arrancaba de los grandes intelectuales urbanos del liberalismo conservador y arraigaba en las masas campesinas a través de los pequeños intelectuales, clérigos o maestros rurales, que eran la tropa de choque del sistema hegemónico liberal-conservador.

La inviabilidad de ese sistema hegemónico ante la crisis civilizatoria del primer tercio de nuestro siglo fue resuelta brutalmente con la aparición del fascismo. Sabemos que las condiciones que lo hicieron posible no son fácilmente concebibles en medio de la nueva crisis que está sellando el último tercio del mismo siglo. Pero eso no significa mucho a menos que podamos esbozar las grandes líneas para encontrar una alternativa a *esta* crisis. La apuesta es especialmente dramática en España, donde la transición política que lleva del franquismo a la monarquía parlamentaria ofrece llamativos paralelismos con el Risorgimento italiano. En ambos casos estamos ante una reforma sin ruptura, que ha desbloqueado el conflicto inmediato al precio de permitir la continuidad de una oligarquía corrupta y caduca, incapaz de encabezar el proceso de adaptación de la nación a unas circunstancias exteriores radicalmente nuevas, menos aún de hacerlo según una línea que defienda los intereses populares.

**El proyecto socialista
para España
es un proyecto
de reforma moral
e intelectual.**

En esta coyuntura el PSOE ha lanzado una propuesta de renovación moral e intelectual de la vida española, una propuesta que enlaza a la vez con lo mejor de nues-

Aquí y ahora no hay programas a la izquierda del programa de gobierno socialista.

tro pasado inmediato —el regeneracionismo del 98 y de la Segunda República, la ambición de reforma de la Izquierda Republicana de Azaña o el proyecto de renovación intelectual de la Institución Libre de Enseñanza— y con lo más lúcido del pensamiento marxista moderno, es decir, con los *Cuadernos de la cárcel*, de Antonio Gramsci. El proyecto socialista para España es un proyecto de *reforma moral e intelectual*, lo que no significa olvidar la economía sino subrayar cuáles son las condiciones de una modernización económica de nuestro país.

En efecto: se ha hablado ya mucho de que una ampliación o profundización del control público de la economía exigiría un cambio en la concepción del propio sector público, una transformación de la moral y la actividad de los funcionarios, una mutación radical en la estructura de la burocracia estatal y en sus relaciones con la sociedad civil. Se ha insistido también sobradamente en la necesidad de un cambio en la moralidad pública si el Estado español debe poder abordar tareas de redistribución del ingreso y de potenciación de la igualdad de oportunidades, en un contexto de recursos limitados y de notoria defraudación fiscal por parte de la oligarquía económica (mientras a los asalariados se les fiscalizan cuidadosamente sus rentas).

España necesita una modernización económica profunda, pero el primer paso de esta modernización no es otro que una reforma moral e intelectual de nuestra sociedad, una reforma que haga viables (en términos financieros) la reconversión industrial, la cobertura del paro y la racionalización y desarrollo de la Seguridad

Social y que, al mismo tiempo, haga pensable el progreso hacia una sociedad más democrática en la economía y en la política, hacia una sociedad más *profundamen-*

te libre, más radicalmente democrática, pues al cabo de muchas vueltas y revueltas es a ese progreso hacia una democracia radical a lo que estamos conviniendo en llamar avance hacia el socialismo.

Aquí y ahora no hay programas a la izquierda del programa de gobierno socialista. Hay reivindicaciones de movimientos sociales a las que aún no se ha sabido o podido encontrar cabida en ese programa, y hay una incapacidad mayor o menor del PSOE para abrir una dialéctica constructiva con tales movimientos. Pero no hay modelos económicos más radicales ni alternativas ideológicas globales fuera del área socialista. En este contexto la idea de un proyecto de reforma moral e intelectual de la vida española como clave articuladora de la alternativa socialista es un notorio acierto en la vía de construir una mayoría nacional-popular.

El paso siguiente es llevar a la práctica esa reforma moral e intelectual, y es aquí donde surge un doble y muy grave reto. El PSOE no puede (*no debe*) fracasar en esta tarea porque es en ella donde la sociedad española la medirá como instrumento válido o no para la construcción de una nueva hegemonía. Pero los militantes —en el sentido más amplio del término— de la izquierda que se formó contra la dictadura deben elegir sin más dilación entre la pasividad o el compromiso ante una apuesta irrepentible. La responsabilidad histórica del PSOE por los errores que pueda cometer en los próximos meses o años sólo será comparable con la irresponsabilidad de quienes, pudiendo apostar *ahora* por el cambio, prefieran la autoindulgencia y la buena conciencia, reservándose para el previsible momento de la crítica tardía.